

Rafael Cadenas: «No puedo hablar de Venezuela, estoy ayuno de información»

Rafael Cadenas, una figura moral de Venezuela que combate con la belleza de sus versos

Y es verdad: «Mucha gente cree que yo no hablo», dice el poeta venezolano Rafael Cadenas cargado de razones. Este hombre puede pasar largos ratos en silencio, en un silencio imbatible (quien lo probó lo sabe): escuchando, callando, mirando, escribiendo. Sin embargo se ganó la vida ejerciendo la docencia durante 40 años en la Universidad de Venezuela y alguna temporada más impartiendo cursos en la exquisita chez Harvard (EEUU). También empañó media vida diciendo aquí y allá, con la voz suave, lo que no le gusta: el chavismo, la deriva política de su país, y dando aviso -aunque no en esta ocasión- de la agonía, de la falta de democracia, del desvarío en los jaleos de Nicolás Maduro. Del peligro del populismo.

En la palabra de este hombre se acumula todo el daño de un territorio, el drama de un pueblo. Tiene 93 años. Viene a Madrid a recoger el Premio Cervantes. Será el próximo lunes en la Universidad de Alcalá de Henares. Esta tarde leerá los primeros párrafos del Quijote en el Círculo de Bellas Artes. La semana próxima inaugurará la exposición que su hija Paula articula con motivo del premio. Y después dejará un legado inédito (e imprevisto) en la Caja de las Letras del Instituto Cervantes. El callado Rafael Cadenas tendrá que volver a hablar.

Camina despacio, con un flequillo bien domado después de tantos sobresaltos. Escucha como a lejos, por el oído apagado, y aún cree en la poesía con implacable razón y costumbre. «Mi intención es seguir escribiendo. No sé hacer otra cosa. O, al menos, no sé hacerlo mejor. También tengo mucho material inédito que se quedó en carpetas por mi indolencia», dice. «Llevo algunos años ordenando esos papeles e intentando publicarlos, no porque tengan mucho valor, sino para evitar que se pierdan».

En la Biblioteca Nacional lo recibió la directora de la institución, Ana Santos. Y con ella, más la directora general del Libro, María José Gálvez, inició el paseíllo hasta la sala del patronato de la institución. Rafael Cadenas tenía alrededor unos 30 periodistas. Fue el primero en echarse a hablar sin aguardar a las preguntas.

Después de las palabras de bienvenida, fue el primero en decir sus cosas, algo desacostumbrado para él: «Quiero darles las gracias por venir a intimidarme», arrancó con gracia imprevista. Pero sucede exactamente así: Rafael Cadenas es un poeta, un ciudadano, de intimidación fácil si tiene más de dos personas delante. Lo explica a su manera en el poema más traducido y publicado de los suyos, titulado Derrota: «Yo que no he tenido nunca un oficio/ que ante todo competidor me he sentido débil/ que perdí los mejores títulos para la vida/que apenas llego a un sitio ya quiero irme (...) que un día pregunté en qué podía ayudar y la respuesta fue una risotada/ que no podré nunca formar un hogar, ni ser brillante, ni triunfar en la vida/ que he sido abandonado por muchas personas porque casi no hablo».

El próximo lunes, a las 12.00 y en un púlpito custodiado por maceros, Rafael Cadenas leerá su discurso de recepción del Cervantes. No adelantó nada del texto, pero sí dice del Quijote'lo que aloja: «Poesía involuntaria en tantas expresiones de la novela. Poesía en el lenguaje... Me gusta el título de aquel ensayo de María Teresa León, Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar. Ojalá hoy se ocuparan también de eso los soldados... La esencia de la poesía está en todas las artes (también en el teatro, y en el arte, y en la música...). A veces, incluso, no está en el poema sino en lo demás», explica.

A lo ancho de las décadas, a sus alumnos les leía esta frase del Quijote que dice Maese Pedro: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala». Una perfecta llamada a la sencillez. «También les digo que no busquen la fama. El escritor y el poeta sólo deben tener un centro: la creación», exclama. Con ese adobe levanta su poesía. Porque ésta se lee y, en el fervor, se corea.

Cuando la concesión del Cervantes, el pasado 10 de noviembre, la mayoría de los medios de comunicación oficiales de Venezuela pasaron de largo por la noticia. Sin embargo, Rafael Cadenas es uno de los poetas necesarios del país. Formó parte del grupo venezolano Tabla Redonda, donde se reunieron algunos escritores principales de su generación. Coetáneo (o cercano) de Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Hanni Ossott, Guillermo Sucre o Eugenio Montejo, destellos de la gran poesía venezolana del siglo XX, es el único vivo de esa escudería. El que más veces, de libro a libro, ha roto consigo mismo. También militó en el Partido Comunista. El dictador Pérez Jiménez lo envió a la cárcel. Conoció el exilio. Se apartó del comunismo cuando entendió que Cuba no era la arcadia condensada, sino una dictadura al completo. Y con ese equipaje se fue conformando

como un solitario con buenos amigos. Vive en Venezuela. Resisten en Venezuela, como otros tantos millones. En España tiene algunas antologías de su obra bien articuladas en las editoriales Visor y Pre-Textos, entre otras.

- ¿Llega tarde el reconocimiento del Cervantes?, preguntó un compañero.
- He sido candidato en algunos años, pero llega en mi vejez. Es preferible recibir premios cuando uno está en buenas condiciones físicas. Pero... Creí que era una broma el día en que llamaron para comunicarme que había ganado el premio. Pensé que podía ser un invento de don Quijote en uno de sus desvaríos.

Y aquí está. En Madrid. Distinguido de Cervantes. Antes de la despedida con la prensa leyó un poema de homenaje a Rilke. En sus versos vibra una de las certezas que mejor cuida y difunde: «La poesía debe agitar». De eso se trata. Y en eso anda.

Con información de El Mundo España